

Una coexistencia difícil

Manuel Santirso

Universitat Autònoma de Barcelona

Los artículos y las ilustraciones reunidos en esta sección contrastan vivamente con los anteriores, aunque menos por las publicaciones de que proceden que por el tema y por el tono. Persiste la sorpresa franco-española sobre México, pero esta vez no la preside la maravilla, sino el espanto; continúa la curiosidad, aunque ahora se reviste de reprobación. Tan solo permanece una condescendencia que ahora se aplica a los drásticos y en apariencia incomprensibles vaivenes políticos en que se halla inmerso el país americano.

Naturalmente, las plumas francesas o españolas que emitieron esos juicios soslayaban la experiencia histórica reciente de sus respectivos estados, en su momento juzgada en esos mismos términos negativos por tratadistas más septentrionales. Esa Francia que aún ostentaba una incontestable hegemonía cultural había pasado de una *monarquía de julio* plagada de conspiraciones y alzamientos a una revolución, la de 1848, que alumbró a una II República donde los muertos en barricadas y presidios se contaron por miles y desde la que se pasó a una autocracia imperial asentada mediante un golpe de Estado y una nueva oleada de represión masiva. No había demasiada base para presumir de buen orden. En comparación, la trayectoria política española durante la mayoría de edad de Isabel II resultó un remanso de paz, sin que deba olvidarse que muchos autores nativos y extranjeros habían calificado de caos a la España de la década anterior, la de la revolución liberal, la guerra civil carlista y la regencia de Espartero.

Las primeras décadas del México independiente también presentan a simple vista un aspecto caótico. Se hace muy difícil desentrañar la sucesión de reformas, planes, constituciones, asonadas y revueltas que se enumeran en un primer fragmento del artículo «Expedición de México», aquí transcrito aparte por su valor didáctico. Para no perderse del todo en ese laberinto, hay que echar mano de algunas claves análogas a las que sirvieron para Francia y España en sus respectivas etapas revolucionarias. El conocimiento de las vicisitudes de los regímenes liberales europeos permite comprender la rivalidad entre las dos facciones del liberalismo mexicano: la conservadora, más afín a los postulados doctrinarios predominantes en España o Francia y favorable a la preeminencia moral y material de la Iglesia católica, y la radical, partidaria de una ruptura visible, situada en posiciones más nacionalistas —sin perjuicio de alianzas tácticas con los Estados Unidos— y abiertamente secularizadoras.

Por otro lado, hay que conocer la trayectoria americana tras la independencia, del norte al sur, para apreciar el valor de la disputa recurrente sobre la organización territorial de México: federal o casi confederal para los radicales, algo más centralizada para los conservadores. Como sucedió en todos los nuevos estados latinoamericanos, los contornos de la república y el vínculo entre sus partes tuvieron mucho de contin-

gente, en este caso debido a factores internos y exteriores. La fuerza centrífuga que a veces impulsó hacia fuera de la federación a Coahuila-Texas, Yucatán o Tabasco era la misma que actuó en los antiguos virreinos de Nueva Granada y del Río de la Plata y en la Capitanía de Guatemala. No obstante, solo México sufrió la amputación de la mitad de su superficie nacional a manos de una potencia extranjera, los Estados Unidos, en 1848. Si a eso se añaden la venta del área conocida como La Mesilla en 1854 y las aventuras filibusteras fallidas para segregar Sonora o la Baja California, se imaginará hasta qué punto los límites actuales de México son hijos de las circunstancias.

A esas dualidades básicas conservadores/radicales (es decir, *escoceses/yorkinos*, hispanófilos/hispanófobos o monárquicos/republicanos) y federalistas/centralistas, hay que añadir un par de elementos más, que matizan el cuadro y a la vez lo cohesionan. El primero lo aporta un sector liberal intermedio, *moderado* —no en la acepción española contemporánea del término—, que alcanzó el poder algunas veces y desde él arbitró efímeras soluciones de compromiso. El segundo y llamativo toque de color lo proporciona el dictador episódico Antonio López de Santa Anna, cuya trayectoria hasta 1843 se narra en el artículo «Revoluciones de México». Consagrado por John Lynch (1993) como uno de los *caudillos* en su tipología, Santa Anna fue un personaje inclasificable, *bigger than life*, que proyectó su sombra sobre el país durante cuatro décadas, y lo mismo en el poder que desde el exilio, bajo banderas conservadoras, radicales o estrictamente propias.

Contra lo que se imaginaría, estas divisiones y estos enfrentamientos no trasladaron al terreno político unos conflictos sociales bien definidos. La oposición radical/conservador no se corresponde con otra paralela entre las capas bajas y altas de la sociedad mexicana; más bien traduce algunas divisiones en el seno de la elite criolla urbana, de forma más clara en la Ciudad de México y más difusa fuera de ella. Lejos de complicarlo, la controversia respecto a la Iglesia y sus bienes lo demuestra, puesto que la expropiación que estipularía la Ley Lerdo de Tejada, y contra la que combatieron los conservadores en la Guerra de Reforma de 1858-1861, no se pensó para un reparto general, sino para consolidar la propiedad burguesa *perfecta* según las directrices de la Constitución del Clero en Francia o las desamortizaciones en España. Adviértase de paso que tan solo un año y un mes separan la *Ley Lerdo* mexicana, de junio de 1856, y la *Ley Madoz* de desamortización general en España, de mayo de 1855.

Visto con los ojos de esa nueva elite de propietarios, apenas sorprende que tanto la producción escrita europea como la mexicana de la primera mitad del XIX mantuviesen los esquemas mentales del Antiguo Régimen y del Virreinato, y por ello siguieran considerando a la población campesina mayoritaria —en México, la de origen y cultura amerindios— como una masa inerte. En cambio, y como ya había ocurrido en la época de las guerras de independencia, los *pardos*, mestizos y *castas* suscitaban la inquietud y la sospecha. Son muy reveladoras en este sentido las alusiones al origen africano de Guerrero en el artículo de este apartado titulado «México».

Un hilo tenue une estas luchas sociales básicas, de clase y de etnia, con el rasgo principal de los relatos europeos de la vida política de la nueva nación independiente. Este no es otro que la violencia armada a la que, en vez de un síntoma de la mutación que experimentaba la sociedad mexicana, se suele presentar como algo crónico, casi

innato. La selección de textos que aquí se despliega abarca todas las formas colectivas de esa violencia, desde las guerras exteriores y las civiles al crimen común, pasando por los pronunciamientos, los motines populares (como el del Parián, al que se alude de pasada en el citado artículo «México») y el asesinato xenófobo o partidista. Gracias a ese muestrario, México aparece como el lugar donde alcanza el cenit esa supuesta pulsión de la estirpe hispánica, para la que la vida humana vale muy poco.

España y Francia reconocieron plenamente a la nueva república unos años después de su emancipación. El régimen liberal español consiguió un tratado de paz y amistad con la antigua colonia en 1836, y es muy significativo que este se adelantara en bastantes años a los acuerdos equivalentes con otras partes de la América hispana. Las relaciones entre Francia y México no alcanzaron alguna estabilidad hasta 1841, tras el conflicto entre ambas naciones de 1838-1839, conocido como *guerra de los pasteles*.

Pocos años después, en España, la caída del regente Espartero y el advenimiento de los liberales moderados al poder en 1843-1844 propiciaron una sólida alianza con Francia, de naturaleza política, económica y hasta militar, que se mantendría durante todo el periodo que aquí se contempla. Esa cooperación franco-española (o viceversa) también se dio entre los agentes diplomáticos de ambos países en México, que atendieron los intereses de los súbditos del otro país europeo y aliado en los muchos rompimientos que se verificarían en los años posteriores. Así, el embajador español tuvo que ocuparse de los ciudadanos franceses en México en 1846, cuando se verificó la salida del ministro francés Gabriac, mientras que a este le tocó la misma tarea tras la ruptura entre España y México de mediados de 1857.

Esta tuvo lugar a raíz del hecho más relevante de las décadas que aquí se ilustran, un verdadero punto de inflexión en las relaciones entre los tres países. Se trata de los asesinatos de ciudadanos españoles perpetrados a finales de 1856 en las minas de San Dimas (estado de Durango) y sobre todo en la hacienda de San Vicente en Chiconcuac (distrito de Cuernavaca). En esos crímenes concurrió una multitud de causas particulares, pero entre las generales figuran un contexto de virtual guerra civil y una hispanofobia arraigada. Sea como fuere, los asesinatos conmocionaron a la opinión pública española, al punto de suscitar la aparición de nuevas cabeceras periodísticas, en especial *La América. Crónica hispanoamericana*, de la que aquí se ofrecen varias muestras. Frecuentaron el semanario algunos políticos y publicistas muy destacados, sobre todo de la izquierda progresista y republicana, por lo demás poco dada al patriotismo. A ella pertenecía Cristino Martos, quien firma la refutación contenida en «Manifiesto del General Álvarez», el cual, fiel a sus principios, llama «ciudadano» y no «el mestizo Álvarez», como se leía en otros medios. Se ubica en el mismo espacio ideológico y abunda sobre el mismo asunto el artículo de este apartado titulado «México». *El Museo Universal* no dejó de referirse a ello, y lo hizo de forma espectacular, mediante el artículo «Retratos de los asesinos de nuestros compatriotas en México» acompañado de excelentes grabados y de los comentarios del afamado periodista y editor Nemesio Fernández Cuesta.

El Gobierno español presidido por Ramón María de Narváez llegó a planear en 1857 una invasión de México como represalia, y así se insinúa en otro artículo de Martos, «Cuestión de México». No obstante, el posterior *Gobierno largo* de O'Donnell

(1859-1863) renunció a tales aventuras y quiso retomar la vía diplomática. Esta se concretaría en el envío a México como ministro plenipotenciario de un político muy experimentado, Joaquín Francisco Pacheco, cuyas gestiones son expuestas de forma neutra en otro suelto de *La América*: «El tratado de México y el señor Pacheco».

La paz concertada mediante el tratado Mon-Almonte se convirtió en papel mojado tras la victoria de los liberales en la Guerra de Reforma, que trajo la expulsión de Pacheco por supuesta connivencia con el bando conservador vencido. La tensión volvió a subir, hasta desembocar en la firma del Convenio de Londres de 30 de septiembre de 1861, por el que se autorizó una incursión militar conjunta en México a cargo de España, Francia y Gran Bretaña, con la neutralidad estadounidense. Tropas españolas enviadas desde Cuba se adelantaron en capturar Veracruz y la fortaleza de San Juan de Ulúa, les siguieron los plenipotenciarios (Saligny y Wyke por Francia y Gran Bretaña) y al fin los comandantes militares europeos (Jurien de la Gravière y Dunlop) con sus efectivos, el más numeroso el de españoles, comandados por Juan Prim (asimismo plenipotenciario). Se encontrará un desglose en el artículo «Expedición de México», publicado por *El Correo de Ultramar*, que así mostró su condición de agente de propaganda del II Imperio francés y del proyecto de entronizar al archiduque Fernando Maximiliano de Habsburgo como emperador de México. Muchos residentes franceses rechazaron la idea, como revela la «Manifestación de los demócratas franceses imparciales residentes en México».

Por paradójico que resulte, ni esa violencia de fondo, ni las rupturas diplomáticas ni las operaciones militares cortaron los lazos económicos y culturales entre ambas orillas del Atlántico. Tuvo mucho que ver en ello la imagen de México como una especie de Eldorado, que se derivaba de su condición de primer productor mundial de plata y de otros recursos naturales, así como de su decisiva posición geográfica. Ese espejismo engañó durante décadas a los dirigentes mexicanos, que creyeron sentarse sobre un cofre del tesoro, y a algunos líderes de opinión europeos, como el célebre economista Michel Chevalier. Contra él escribió Jacinto Beltrán el artículo «Francia y México», aquí recogido, y que salió de las prensas después de que los contingentes español y británico hubiesen abandonado la intervención tripartita. «México y su territorio», firmado pocos meses antes por el historiador y erudito Florencio Janer, participa del mismo espíritu positivista, pero emplea una retórica neocolonial previa a la retirada.

Las colonias de emigrantes europeos en el país azteca se encargaron de estrechar los nexos económicos transatlánticos, al tiempo que ejercían una influencia mucho mayor de la que correspondía a sus efectivos humanos: unos 5.000 españoles y unos 1.800 franceses en 1850, diluidos en unos 7 millones de mexicanos. Sin embargo, su concentración en la capital y otros centros urbanos, así como su destacada presencia en sectores muy dinámicos, como las finanzas, las minas o la industria cultural, multiplicaron su influencia. Como quizá cabía esperar, esta exposición pública concitó una inquina contra *gachupines* y *gabachos* que el liberalismo radical a menudo atizó en provecho propio y acabó por enquistarse en la mentalidad popular. Aunque el artículo «Cómo celebran los léperos el grito de Dolores» refiere sucesos de 1861, acaecidos en un repunte de la hispanofobia, remite a costumbres asentadas y que no escaparon a la vista de algunos literatos españoles, como Juan Martínez Villergas.

Lo sucedido en las décadas siguientes queda fuera del ámbito de esta antología. Los vínculos entre cierta Francia y un determinado México se fortalecerían durante la fase imperial y se mantendrían en lo económico y lo cultural durante el porfiriato, pero después Francia sería reemplazada por unos Estados Unidos a los que, según el propio don Porfirio, México se fue acercando a medida que se alejaba de Dios. La mal llamada *memoria histórica* siempre es selectiva, y si la mexicana ha erigido un panteón con algunas figuras a las que aquí se alude (Hidalgo, Guerrero o Juárez) y ha solemnizado la condena de otras (Santa Anna, Miramón, Almonte o Díaz), la francesa ha perpetuado el recuerdo de la II República, pero también del bonapartismo, como demuestran las conmemoraciones de 2021. Solo en España se recuerda lo sucedido desde 1936 como si antes se extendieran las tinieblas. Incluso hoy, cuando los periódicos reproducen las invectivas hispanóforas de altos mandatarios como el presidente mexicano Andrés Manuel López Obrador, los medios ignoran sus orígenes, porque el tiempo del que proceden ha sido condenado al olvido.

Bibliografía

- CHEVALIER, Michel (1851). *Le Mexique*. París: Imprinta de Maulde et Renou.
- DÍAZ, Lilia (trad. y ed.) (1964). *Versión francesa de México: informes Diplomáticos, 1858-1862*, vol. 2. México: El Colegio de México.
- FALCÓN, Romana (1996). *Las rasgadas de la descolonización. Españoles y mexicanos a mediados del siglo XIX*. México: El Colegio de México.
- LYNCH, John (1993). *Caudillos en Hispanoamérica*. Madrid: Mapfre.
- MARTÍNEZ VILLERGA, Juan (1859). «Viaje al país de Moctezuma», anexo a *La vida en el chaleco. Novela original de costumbres no menos originales, dedicada a los habitantes de la isla de Cuba*. La Habana: Librería e Imprinta de Iris.
- PI-SUÑER LLORENS, Antònia (1991-1992). *El general Prim i la qüestió de Mèxic*. Barcelona: Generalitat de Catalunya.
- SÁNCHEZ ANDRÉS, Agustín, y PÉREZ HERRERO, Pedro (2015). *Historia de las relaciones entre Francia y México, 1821-2014*. Madrid: Marcial Pons.